

**Apuntes sobre la Historia del Psicoanálisis de
Adolescentes
-Sigmund Freud y Anna Freud –**

Suggests about the History of the Psychoanalysis of Adolescents
- Sigmund Freud and Anna Freud-

Alejandro Klein

Resumo:

Procuro neste artigo oferecer uma historização do campo da psicanálise de adolescentes, estudando dois autores: Sigmund Freud e Anna Freud, que apresentam uma perspectiva no que faz ao fenómeno adolescente, tratando de indicar quais são os fatores que os mesmos tomam em conta nas suas investigações.

Palavras-chave: psicanálise; adolescentes; historização.

Abstract:

I look for in this article to offer one historical point of view of the psychoanalysis of adolescents, working with two authors: Sigmund Freud and Anna Freud that open one perspective of the adolescent's phenomenon trying to indicate which are the factors that these authors are taking into account in their researches.

Key-words: psychoanalysis; adolescents; historicity.

Introducción

Para Giddens, la importancia del psicoanálisis reside en que “proporciona una panoplia y un rico acervo de recursos conceptuales y teóricos, para la creación de una narrativa reflexivamente ordenada del yo personal y de la identidad personal” (GIDDENS, 1995, p. 39).

En el caso del psicoanálisis de adolescentes esta observación es por demás acertada: provee de imágenes con las que la adolescencia es pensada (KLEIN, 2002), tanto como abre un campo teórico-clínico complejo y heterogéneo, con muchas aristas y contando con la participación de autores importantes y relevantes.

Abrir un análisis histórico del mismo no hace sino constatar enormes divergencias y discrepancias entre los abordajes elegidos y los aspectos resaltados para entender la adolescencia, pero también la riqueza que la misma implica, con sus dificultades clínicas y su incidencia en el campo de la Salud Mental.

Desarrollo en este trabajo un análisis del campo de psicoanálisis de adolescentes tomando dos autores: Sigmund Freud y Anna Freud, los que – como desarrollaré – fundan e implantan una imagen central en lo que hace al fenómeno adolescente, en relación a la pubertad y al punto de vista económico-libidinal como organizador del mundo mental. Especialmente buscaré ofrecer una historización contextual del trasfondo epistemológico de sus ideas. Desde esta perspectiva mantengo la hipótesis de que es indisociable del proyecto fundacional de la modernidad del novecientos.

Freud: el adolescente y la pulsión genitalizada

No está demás indicar que Freud presenta dos puntos de vista absolutamente diferentes con respecto a la adolescencia. Uno está presente en el análisis del caso Emma (FREUD, 1895), otro en los “Tres ensayos sobre una Teoría Sexual” (FREUD, 1905). Dejo para otro trabajo el análisis de la primera concepción, para concentrarme en este segundo punto de vista que es el que encontró eco y suceso en el psicoanálisis de adolescentes.

El tercer ensayo de “Tres Ensayos...” (“La metamorfosis de la Pubertad”) abunda en imágenes que se refieren a procesos de cooperación, subordinación, dependencia, en la forma de primado de una zona sexual sobre otra:

Con el advenimiento de la pubertad se introducen los cambios que llevan la vida sexual infantil a su conformación definitiva. La pulsión sexual era hasta entonces predominantemente autoerótica; ahora halla al objeto sexual. Hasta ese momento actuaba partiendo de pulsiones y zonas erógenas singulares que, independientemente unas de otras, buscaban un cierto placer en calidad de única meta sexual. Ahora es dada una nueva meta sexual; para alcanzarla, todas las pulsiones parciales cooperan, al par que las zonas erógenas se subordinan al primado de la zona genital (...) La pulsión sexual se pone ahora al servicio de la función de reproducción; se vuelve, por así decir, altruista (FREUD, 1905, p. 189).

De esta manera el altruismo de la nueva meta implica que el hallazgo del objeto sexual anula la dimensión autoerótica. El concepto de “conformación definitiva” tiene relación con lo normal, lo esperable, lo cerrado e inmodificable. Este poder regulador se presenta como necesario e imprescindible para la conformación adulta definitiva. La preocupación freudiana no se centra en lo que sucede “en” la adolescencia, sino en “cuál” es el proceso que lleva del niño al adulto. Lo adulto, lo normal, la norma, lo previsible, es lo que se pasa a priorizar dentro de una imagen predeterminada del desarrollo.

Este afán por lo predeterminado hace que la posible perspectiva organizadora del aparato psíquico se vea sustituida por un punto de vista energético.

Hemos establecido el concepto de la libido como una fuerza susceptible de variaciones cuantitativas, que podría medir procesos y trasposiciones en el ámbito de la excitación sexual (...) Así llegamos a la representación de un quantum de libido a cuya subrogación psíquica llamamos libido yoica; la producción de ésta, su aumento o su disminución, su distribución y su desplazamiento, están destinados a ofrecernos la posibilidad de explicar los fenómenos psicosexuales observados (FREUD, 1905, p. 198).

Lo reductor y simplificador se centra – desde mi punto de vista- en este recurso a fuerzas impersonales donde la experiencia concreta y única de cada adolescente es desvalorizada (o al menos dejada de lado) y desplazada a un gran momento que unifica a todos por igual: la pubertad. El desplazamiento de lo cualitativo de los procesos psíquicos (FREUD, 1895) a lo cuantitativo de lo energético (libido) es correlativa del desplazamiento del yo – autoerotismo – hacia el objeto. Pero con la particularidad de que esta libido de objeto, será siempre secundaria a la libido yoica, que se instaura como depósito primigenio de energía:

La libido narcisista o libido yoica, se nos aparece como el gran reservorio desde el cual son emitidas las investiduras de objeto y al cual vuelven a replegarse; y la investidura libidinal narcisista del yo, como el estado originario realizado en la primera infancia, que es sólo ocultado por los envíos posteriores de la libido, pero se conserva en el fondo tras ellos (FREUD, 1905, p. 199).

Se funda entonces el mito de una mónada originaria, que opera como un gran “reservorio de energía”. Desde entonces la imagen de adolescencia que se establece es la de una etapa, que desde la desregulación energética (pubertaria) deberá ser capaz de lograr “regular” el exceso de energía que se desboca, recuperando la homeostasis originaria perdida:

Durante los procesos de la pubertad se afirma el primado de las zonas genitales (...) Al mismo tiempo, desde el lado psíquico, se consuma el hallazgo de objeto (...) Cuando la primerísima satisfacción sexual estaba todavía conectada con la nutrición, la pulsión sexual tenía un objeto fuera del cuerpo propio: el pecho materno(...)El hallazgo de objeto es propiamente un reencuentro (FREUD, 1905, p. 202-203).

El adolescente será el sujeto, a la vez que el objeto, de este disciplinamiento amaestrante. De la misma manera, implica el pasaje de una edad (¿idealizada?) sin sexualidad, a otra, donde la diferencia de sexos se impone. *La sobrevaloración de lo primigenio lleva a que todo encuentro, no sea ya más que “reencuentro”.*

Una de las consecuencias de esta perspectiva, es una fijación dentro de una imagen estereotipada (y extraordinariamente empobrecida) del adolescente, que no deja de sorprender por su fijeza y su permanente “aggiornamiento”. Un ejemplo es la caracterización freudiana de la sexualidad de la niña la que aparece como carácter masculino: “La sexualidad de la niña pequeña tiene un carácter enteramente masculino (...) podría también defenderse el aserto de que la libido es regularmente, y con arreglo a la ley, de naturaleza masculina (FREUD, 1905, p. 200). Otras citas al respecto que amplían lo anterior son: “en la niña la zona erógena rectora se sitúa sin duda en el clítoris, y es por tanto homóloga a la zona genital masculina, el glande” (FREUD, 1905, p. 201), o “La pubertad que en el varón trae aparejada aquel gran empuje de la libido se caracteriza para la muchacha por una nueva oleada de represión que afecta justamente a la sexualidad del clítoris. Es un sector de la vida sexual masculina que así cae bajo la represión” (FREUD, 1905, p. 201).¹

Los errores freudianos en lo que respecta a la sexualidad femenina son ya incuestionables (DIO DE BLEICHMAR, 1997; BURIN-MELER, 1998).

Homologar el clítoris al pene, y la sexualidad femenina a lo reprimido, implica un error conceptual, que desde la perspectiva que presento implica una clara masculinización de la imagen de la adolescencia. El que posee adolescencia es el varón. La mujer, para su adolescencia, depende de las vicisitudes de lo masculino. Se repite entonces, el esquema de subordinación, ya no entre lo pre-genital y lo genital, sino de lo femenino hacia lo masculino. Asimismo, la simplificante preocupación por lo "unificado", lleva a que lo masculino, como fuerza primordial de la libido, unifiquen y haga además secundario, todo lo que tenga que ver con lo femenino.

Inclusive Freud habla de una "anestesia" cuando la joven tiene resistencias en este reconocimiento de la primacía de lo masculino:

A menudo se requiere cierto tiempo para que esta transferencia se realice. Durante ese lapso la joven es anestésica. Esta anestesia puede ser duradera cuando la zona del clítoris rehúsa a ceder su excitabilidad; una activación intensa en la niñez predispone a ello (FREUD, 1905, p. 200-201).

Esta diferencia entre masculino y femenino aún se mantiene en el desasimiento con respecto a los padres. Este desasimiento es presentado como:

Contemporáneamente al doblegamiento y la desestimación de estas fantasías claramente incestuosas {es cuando} se consuma uno de los logros psíquicos más importantes, pero también más dolorosos, del período de la pubertad: el desasimiento respecto de la autoridad de los progenitores, el único que crea la oposición tan importante para el progreso de la cultura, entre la nueva generación y la antigua (FREUD, 1905, p. 207).²

Pero, en el caso de las muchachas (“para contento de sus progenitores”) nunca se supera la autoridad de sus padres, las que “conservan plenamente su amor infantil mucho más allá de la pubertad” (FREUD, 1905, p. 207).

Quisiera entonces volver a la siguiente idea: si la pubertad es mostrada como un proceso disciplinador y “doblegador”, es porque se presenta a lo pregenital como lo indomable y caótico. Su sujeción en lo genital asegura lo organizado, lo racional, lo comprensible. Pasaje implícito que une una secuencia de imágenes que enlazan la transformación de lo autoerótico en heterosexual, del desborde a la unificación, de lo caótico a lo adaptativo.

La imagen del adolescente termina por recordar la de un organismo capaz de “digerir” y transformar el exceso inaudito e imprevisible de energía hacia un equilibrio homeostático que es siempre re-equilibrio porque remite a la mónada original. Desde mi punto de vista la adolescencia pierde sentido y se ve subrogada por la pubertad: la perspectiva psicológica es absorbida por una perspectiva biologicista. Freud ha reinventado y reubicado la Pubertad como un fenómeno capaz de psicologizar fenómenos culturales y sociales (KLEIN, 2002).

Para terminar reitero lo que presenté en un comentario. Existe una valiosa observación freudiana con respecto a los padres: el desasimiento respecto a su autoridad que no es profundizado. Sólo se lo ubica paralelamente al doblegamiento de las fantasías incestuosas. Pero de ninguna manera es lo mismo (KLEIN, 2004). En una obra posterior de Freud, “Tótem y Tabú” (1913), este desasimiento adquirirá rasgos prototípicos y dramáticos.

Anna Freud: el adolescente desde el penar de amor

En su clásico ensayo *Psicoanálisis del Desarrollo del Niño y el Adolescente* (1985)³, la autora comienza por recordar “Tres ensayos de una Teoría Sexual” de Freud (1905), donde se indica la imprescindible subordinación de las zonas erógenas a nivel genital como proceso de desarrollo. La genitalidad es entendida como permitiendo el encuentro con nuevos objetos sexuales los que permiten el alejamiento de la familia. (FREUD, A., 1985). Recuerda así que ella misma ya en 1936, en “El yo y el ello en la pubertad” y “Ansiedad instintiva en la pubertad”, mostraba las luchas que libra el Yo para dominar los conflictos y presiones que se originan en los derivados instintivos por la pubertad. Se pasa de esta manera de la tregua de la latencia a la eclosión pubertaria, cuando la modificación cuantitativa y cualitativa de los instintos altera la distribución de fuerzas dentro del individuo, lo que enfrenta al Yo a una “lucha” por sobrevivir (FREUD, A., 1985).

Pero hago notar que a pesar del esfuerzo de Anna por presentar sus ideas en una línea directa de continuación con las ideas de “Tres Ensayos...” existe aquí una modificación substancial. Lo que en Freud (padre) era un pasaje de lo de lo pregeniial a lo genital como pasaje de lo insubordinado a lo subordinado, en Freud (hija) se transforma en otra cosa y especialmente en la experiencia decisiva que va desde la locura a la normalidad. El esquema conceptual es parecido. Si la pubertad era en aquél la desregulación de una regulación energética, aquí se trata de la pubertad como un momento de locura, que es a su vez el medio de consolidar la estabilidad mental del adulto.

Aunque las perturbadoras luchas Ello-Yo son intentos beneficiosos de restaurar la paz y la armonía “la salud mental se basa en última instancia en la armonía” (FREUD, A., 1985, p. 183). Lo patológico surge por un uso excesivo, con intensidad exagerada y utilización aislada de las defensas, aunque llegado el caso estas defensas son formas potencialmente útiles de recuperar la estabilidad mental.

De cualquier manera se puede considerar que es también normal que haya un período de tiempo donde domine lo imprevisible, lo incoherente, la oposición, la ambivalencia, la rebeldía, el egoísmo, la generosidad, como formas de experimentación. El encargado de representar esta disarmonía transitoria es el adolescente. Por lo que, mientras haya un cuadro de incoherencia e imprevisibilidad, y aunque sufra, el adolescente no necesita tratamiento. Sólo necesita un tiempo para elaborar sus propias soluciones (FREUD, A., 1985).

La perturbación del adolescente es beneficiosa, necesaria e inevitable, porque el equilibrio interno de la latencia no permite el incremento cuantitativo ni las modificaciones cualitativas de la pubertad. Se debe abandonar ese precario equilibrio para permitir la integración de la sexualidad adulta en la personalidad (FREUD, A., 1985). Así el adolescente pasa de un estado emocional a otro presentando finalmente todos. Este Yo adolescente es rígido, inmaduro, inhibe la maduración sexual y ante los impulsos del Ello se siente frente a una situación caótica. En contraste, la latencia se caracteriza por el orden y la orientación social (FREUD, A., 1985).

Se puede observar que el acento está puesto más en lo transitorio, aquello que se ha de perder, que en lo que hay para “ganar” en la adolescencia. Aparece así como una mal transitorio aunque necesario. En él y a través de él, se aprecia que lo mejor para la economía psíquica es el equilibrio y la armonía. Por momentos parece que el adolescente de A. Freud está tan cerca de la locura, que se hace difícil distinguir en él lo normal de lo patológico. Esta zona indeterminada sin embargo se contrapone a un propósito bien determinado: más que “ganar” algo nuevo, se trata de “organizar” y de garantizar la normalidad mental adulta.

Desde el punto de vista de la autora hay algo en la estructura interna de los trastornos adolescentes que difiere de aquellos trastornos para los

cuales fue pensado el psicoanálisis. Menciona la inmadurez y debilidad del yo; la disminución de la tolerancia a la frustración; menor verbalización y mayor acting. Pero lo principal es que el adolescente, al igual que la persona que pasa por un infortunio amoroso, atraviesa un intenso período de duelo (FREUD, A., 1985).

Este duelo es el que hace que, a pesar del sufrimiento y el deseo de ayuda, no respondan bien a la terapia:

Son estados emocionales en los que la libido del individuo está totalmente comprometida con un objeto de amor real del presente o del pasado inmediato; el dolor mental es el resultado de la difícil tarea de retirar la catexia y renunciar a una posición que ya no ofrece posibilidades de retorno del amor; es decir de gratificación. Mientras el individuo se encuentra empeñado en esta lucha no dispone de libido suficiente para catectizar la persona del analista o, regresivamente, para recatectizar objetos o posiciones anteriores...ni el pasado ni lo que ocurre en la transferencia llegan a ser suficientemente significativos como para proporcionar material apto para interpretaciones...para que la terapia resulte eficaz es necesario que el paciente renuncie antes a su objeto inmediato de amor y de duelo (FREUD, A., 1985, p. 172).

Pero me pregunto, ¿no hay aquí un modelo romántico del adolescente al equiparlo con un eterno enamorado desasosegado? Parecería que igual que Winnicott (1972), A. Freud postula un tiempo de crecimiento que no se debe apresurar.

La exposición anafreudiana sobre la adolescencia depende entonces de las vicisitudes de la retracción y desplazamiento de libido y en el conflicto Yo-Ello. Tanto es así que el adolescente se asemeja a lo neurótico, cuando lo patógeno se centra en el Yo y está la ansiedad como culpa. Y a lo psicótico cuando la situación de peligro reside en la supremacía del Ello que amenaza la existencia y la integridad del Yo. La

semejanza a uno u otro depende de la cantidad y calidad de contenidos del Ello que acosan al Yo y de las defensas en juego (FREUD, A., 1985).

A su vez, el reservorio original de libido, propio de la niñez, refiere a la necesidad de una homeostasis originaria y equilibrada, a partir de la cual surja (desde ese adentro) la sexualidad adulta. Es claro que si desde esta perspectiva “todo” lo psíquico viene desde “adentro”, no debería llamar la atención que en ningún lugar la autora mencione al “incesto” o la “reactivación edípica”.

Lo que en Freud era el establecimiento del mito monadal, en su hija pasa a ser la nostalgia por un pasado que se siente injustamente perdido. Lo más significativo del adolescente se centra en lo regresivo, la vuelta sobre sí mismo, el autoexilio a un mundo primario y originario.

Como indiqué la lucha entre lo neurótico y lo psicótico se redobra en la lucha entre el Ello y el Yo (FREUD, A., 1985). Pero en ese punto *la adolescencia ya no es más el sujeto adolescente sino el campo de lucha entre tendencias opuestas*. Por un lado: el Yo, organizador y garante de la genitalidad adulta. Heredero del sujeto, la subjetividad y lo social, este Yo marca el centro entre subordinación e insubordinación. Por otro: el Ello, centro del desborde, de las fuerzas ciegas, del egoísmo y la rebeldía contra metas sociales.

Fácilmente podríamos pensar en la implicancia de un modelo positivista-evolucionista: una serie de etapas que aseguran el pasaje de la niñez a la adultez, de lo disgregado a lo congregado, de la perversidad infantil a la responsabilidad reproductiva adulta. Hasta cierto punto es un esquema biológico: la ontogenia recapitula la filogenia. Se trata de establecer una ley general, ley de causa-efecto.

Se pasa siempre por las mismas y necesarias etapas del desarrollo: el adolescente desde un lugar pasivo se limita a recapitular lo que ya viene desde la infancia.

Pero se trata al mismo tiempo de otra cosa. De la lucha “eterna” entre individuo y sociedad. Si la regresión del adolescente, como en el enamorado genera un retraimiento narcisista, es porque el sujeto es presentado como debatiéndose entre la nostalgia narcisista y la obligación y el decoro social. Lo que lleva a establecer la duda sobre si el adolescente podrá abandonar el ser primitivo, incapaz de controlar sus “instintos”, donde sus actings reflejan la inmadurez del su pensamiento y un estado poco desarrollado de la personalidad, para integrarse a la sociedad, la armonía y el crecimiento. Pero esta “armonía” libidinal es de alguna manera también retornar a esa latencia equilibrada, frente a la cual el adolescente no puede ser sino un perturbado por su exceso energético.

De allí que la sexualidad aparece como especialmente perturbadora y si es necesaria la experiencia del desequilibrio, no es sino para alcanzar un nuevo equilibrio. Este nuevo equilibrio no puede sino remitir al equilibrio primigenio. Todo es secundario a la emergencia instintiva o a la reactivación de los vínculos infantiles. No hay lugar para lo nuevo. Infancia –latencia- y pubertad pasan a enfrentarse como representantes del Yo y el Ello. Aquélla, con una homeostasis regulada y autoregulada. Esta, des-regulante y des-equilibrante, descrita dentro de una imagen de revuelta y conspiración, en la cual los instintos “descontrolados” son armas usadas contra la armonía de la niñez.

Podría pensarse que este Yo amenazado es una metáfora de la sociedad adulta que a su vez se siente amenazada y atacada desde “dentro” por lo adolescente. Es una ideología de la adaptación con horror a los excesos y a los desbordes. El concepto de salud mental que A. Freud utiliza es el de paz, armonía, coherencia. El Yo solucionador de conflictos presenta un claro cariz ideológico: ni muy sumiso, ni muy rebelde. Una ideología económica del término medio: ni mucho ni poco rechazándose tanto lo excesivo como lo ausente.

Elementos que sin embargo difícilmente se pueden hacer coincidir con la adolescencia que la clínica y la cotidianeidad nos enseñan, tan caracterizadas por el conflicto, el desborde, la ansiedad. Quizás porque la adolescencia está tan alejada de este ideal annafreudiano de salud, la imagen que termina por transmitir de la misma no puede ser sino presentada como un momento de locura.

A mi entender la imagen que se presenta del adolescente, refiere al pánico frente a todo lo que sea desconexión con la realidad. A pesar de insistir con el “adentro”, en realidad la adolescencia no es mirada desde sus propias características, sino desde un “afuera”: la realidad. *Lo que preocupa son los grados de vinculación o desvinculación que el adolescente mantiene con la realidad.* El marco teórico del adolescente es lo externo y lo preocupante y aquellas defensas o conflictos que puedan alejar al adolescente de aquélla⁴. Volveré sobre este punto al intentar ofrecer una contextualización histórica de las ideas de esta autora.

Hacia algunos elementos de historización del psicoanálisis de adolescentes

Desde este rápido recorrido por una presentación de estos dos autores, figuras centrales del psicoanálisis de adolescentes, parece importante destacar algunos elementos que parecen caracterizar al mismo. Antes que nada, parece existir una tendencia a erigir un “adolescente-tipo” sin marcas sociales ni referencias culturales.

En general se podría decir que lo que engloba a estos autores (y a otros del campo de la adolescencia) es la gran dificultad en ver al adolescente inserto dentro de un proceso más vasto, involucrando a padres, instituciones, la sociedad o lo social. Punto importante teniendo en cuenta la fuerte presencia de lo social en el mundo clínico o cotidiano de los adolescentes. Pero comprensible si se tiene en cuenta la posición,

hasta cierto punto clásica del psicoanálisis, por establecer un modelo general del funcionamiento mental, más allá de situaciones sociales específicas.

Otro rasgo preocupante, que no puedo desarrollar aquí y que certeramente ha criticado E. Dio de Bleichmar (1997) con respecto al psicoanálisis y que se podría generalizar a la adolescencia, es que tal como Freud antes, los autores posteriores han pensado al adolescente desde una versión masculina. Por supuesto, no se trata de una regla general, ya que ciertos autores contemporáneos intentan hacer una contribución al respecto (BURIN, 1998).

Al mismo tiempo es posible encontrar una tendencia hacia modelos ultrasimplificados, que sin embargo no descartan puntos de vista más complejos. Freud mismo reúne distintas perspectivas: desde la caracterización del “nachträglich” adolescente como espacio de subjetividad que da lugar a lo inédito y reestructurante (1895), hasta la pubertad como simple control pulsional (1905), su posición es amplia y por momentos contradictoria.

Sin embargo no es el “nachträglich” adolescente lo que ha sido tomado en cuenta, sino la noción libidinal de Pubertad. Enseguida presentaré las razones históricas que supongo han incidido para tal fin.

Concuerdo con la apreciación de Giddens, de que la importancia del psicoanálisis⁵ “es ofrecer una narrativa de la identidad personal” (GIDDENS, 1995, p. 39). Se trata de una apreciación atinada al menos en caso de los autores considerados en este trabajo.

Tanto en Freud padre como en Freud hija se establece la cuestión de lo pubertario como un elemento central para entender al adolescente. No se trata, por supuesto, de negar los cambios corporales de la edad, pero creo que la Pubertad tal como es presentada no es sólo una “etapa biológica”. Es más que eso y es otra cosa. Especialmente me importa señalar cómo los cambios y las modificaciones que se pueden observar en

la juventud, han pasado a funcionar como un organizador de sentido desde la presentación que hace el fundador del psicoanálisis de la "Pubertad" y su consolidación como figura social-subjetiva.

Así, desde Freud y otros autores de la época, la pubertad pasa a ser una convicción compartida. De tal manera que nadie puede dudar o cuestionar la importancia de la pubertad. Pero lo que quiero plantear es no sólo su importancia, sino la "necesidad" que el psicoanálisis tiene de la misma. Ante todo como una referencia mítica: Todos, en tanto seres humanos, supuestamente pasamos por ella. Lo que la convierte en una situación universal, homogeneizadora y desvinculada totalmente de cualquier contexto o situación particular.

Sin embargo lo "pubertario" tiene un particular contexto científico y social que se refiere a la modernidad de comienzos del siglo XX (KLEIN, 2002). En aquélla época es posible percibir cómo comienza a surgir la obsesión por la práctica masturbatoria, como forma de expresión de fuerzas descontroladas y salvajes que la ciencia del "novecientos" se dedicó fehacientemente a describir como estados de locura o anarquía. Esta imagen del adolescente, que denomino anti-homeostática (KLEIN, 2002) se relaciona con la primera imagen del adolescente en la modernidad: el masturbador (Barrán (1995), práctica que es presentada como una "irreflexiva entrega del cuerpo y el alma a los placeres sexuales que llega a conocer antes de ser apto a las nobles funciones" (BARRÁN, 1995, p. 61).

La sociedad del Novecientos y sobre todo sus autoridades "morales"-padres, sacerdotes, maestros, profesores, médicos- vivió con miedo y ansiedad lo que se consideraba una pérdida totalmente "inútil" de energía, tal como era imaginizada la masturbación (BARRÁN, 1995, p. 63). La masturbación pasó así a ser el paradigma del descontrol físico y psíquico, que amenazaba y confirmaba la "enfermedad" del adolescente. Masturbación, que junto a las enfermedades venéreas, hace que la

imagen del cuerpo del Novecientos se caracterice, " como una fortaleza asediada por el afuera (lo que recuerda) a (...) sociedad burguesa amenazada por los agitadores sociales y las ideologías disolventes; la de la vida atacada por su contrario, la muerte" (BARRÁN, 1995, p. 13).

Pero frente a esta disgresión se plantea rápidamente el tema del control:

La niñez y la adolescencia necesitaron la vigilancia y el consejo médico continuo (...)condenar sin ambages la masturbación y el casamiento "precoz" del adolescente; recomendar la continencia en la educación sexual, era toda una enseñanza de vida que, si pasaba por el cuidado de la salud entendida bajo los principios de la "economía" de energía, buscaba también, y obviamente, crear en el hombre una segunda naturaleza, hecha de hábitos y obediencias, cuya función esencial era domesticar el deseo (BARRÁN, 1995, p. 55).

Desde esta perspectiva se comprende que ante la sexualidad-onanista, la sociedad se siente expuesta, desvalida, acosada por múltiples enemigos internos. De esta manera:

Todas estas disciplinas (...) buscaban crear hábitos de obediencia a las órdenes "lógicas" de la salud que luego se convertirían en hábitos de obediencia a las órdenes "lógicas" de la sociedad y el orden establecido. Lo esencial era someter al "capricho", combinación peligrosa del deseo con la voluntad rebelde (BARRÁN, 1995, p. 59,60).

La masturbación (adolescente) pasa a ser un derroche, pero aún más, una peligrosa señal de descontrol social:

La contabilización de la existencia, la aritmética de las horas y los días, que abruman al hombre del siglo XIX, no brotan simplemente de la obsesión del pecado; proceden también de ese mismo fantasma de la pérdida que lleva a la teneduría doméstica de libros de cuentas de una extrema minuciosidad, que engendra la angustia de la merma espermática o más sencillamente aún de la reducción cotidiana de la duración de la vida (PERROT et al., 1990, p 158).

Descontrol social que agita paranoicamente temores de extinción social:

Este joven que encauzaba hacia sí mismo su sexualidad, negaba la razón última del vínculo social; su transgresión era imperdonable pues cuestionaba la necesidad de la familia (...) La masturbación y la frecuentación de la prostituta eran las dos formas negadoras de la secuencia sexualidad-procreación-familia, la única admisible-médica y moralmente-para aquella sociedad (BARRÁN, 1995, p. 66).⁶

Barrán señala como la sociedad identificaba semen con energía y eyaculación con pérdida y debilitamiento. El "gasto" desasosegaba a la burguesía y la actividad sexual fue identificada con el gasto de semen, tiempo y dinero. Los males de la masturbación eran tantos como: cefaleas y vértigos, congestión cerebral; astenia, melancolía e histeria, imbecilidad y alienación mental; debilidad de la vista y el oído, ceguera y sordera, lesiones permanentes en las arterias y el corazón, síncope, catarro, tuberculosis, espermatorreas y prostatitis, impotencia y esterilidad (Barrán, 1995). Una lista impresionante (y atemorizante) ante la que se yergue la educación sexual y la necesidad de herramientas científicas que consensúen la necesidad del pasaje de lo sexual "insubordinado" a lo sexual "subordinado" (que en Freud aparece como el pasaje de lo pregenital a lo genital).

La masturbación temida se opone y es opuesta a un proyecto de salud que se apoya en la contención, el ahorro, la discreción, la pureza⁷, generando la imagen del cuerpo como una fortaleza asediada, desde adentro por otro cuerpo intrusivo, cuerpo-libido-sexualidad, virulento, avasallante, antihomeostático. Al caracterizar a la sexualidad como "descontrol" se garantizaba al mismo tiempo la necesidad de la búsqueda de mecanismos de "control", ya que: "Aquel orden mental no podía concebir que la sociedad establecida hubiera generado a su enemigo dentro de sí misma, que la vida contuviera a la muerte, o que la enfermedad naciera en el cuerpo y del cuerpo sano". (BARRÁN, 1995, p. 13).

Por tanto, queda establecido el enemigo: la libido irrefrenable y compulsiva. Y su agente-responsable: el adolescente. La imagen del adolescente como anti-homeostasis se repite entonces doblemente:

-Así como el adolescente es "invadido" por un cuerpo descontrolado, *heteróclito*,⁸ irregular, extraño, que desde el psicoanálisis es denominado "pubertad",

- Se comporta a su vez *heterocinésicamente*⁹ con respecto a la sociedad, en una situación de rebeldía y confrontación (KLEIN, 2002).

Desde esta imagen de sexualidad-onanista- invasora, el hombre-sociedad se siente expuesto, desvalidado, acosado por múltiples enemigos internos. Es interesante la hipótesis de Duby al respecto, mostrando como se psicologizan fenómenos sociales: "Después del traumatismo de la Comuna (...) el verdadero peligro surge en adelante del trasfondo de la persona. Lo monstruoso se agazapa en el corazón del organismo; puede hacer irrupción hasta en el delirio de la imaginación". (PERROT et al., 1990, p. 267).¹⁰

Mundo asediado por las "pérdidas seminales", fuerzas sexuales, los microbios asesinos, las revoluciones, que reclama imágenes que tranquilicen, procesos de control y disciplinamiento. El pasaje de lo

pregenital a lo genital preconizado por Freud cumple en gran parte ese cometido. Quizás de ahí el éxito de su obra de 1905 y de su forma de encarar pubertariamente el fenómeno adolescente.

Así como la modernidad genera las fantasías que las desvelan, no ha podido sino proyectar la imagen de una subjetividad en particular (la de la adolescencia) para que se haga "carga" de las mismas, para "personalizar" demonios sociales que se hacen de esta manera más fácil de controlar o "entender". La imagen anti-homeostática del adolescente sintetiza lo incomprensible e innombrable del terror ante el cambio y lo imprevisto (en lo social como lo personal), tanto como el hecho de que aterroriza el que la responsabilidad de esos fantasmas no provengan sino de la propia modernidad del novecientos.

El proceso de crecimiento del ser humano se semantiza así, casi imperceptiblemente, como una metáfora sobre fuerzas irracionales y peligrosas que han de ser controladas para lograr el "éxito" de la adultez. Frente a la pubertad "peligrosa", la adolescencia queda transformada en un proceso disciplinante, encargado de racionalizar, re-controlar y organizar adultamente, el pasaje de lo disruptivo sexual a lo adaptado social.

Considero que Freud, tanto como su hija Anna plasman esta primera matriz de esta imagen adolescente que en posteriores psicoanalistas se repite o remodela. En 1905 en "Tres ensayos sobre una Teoría Sexual" Freud estudia "cuál" es el proceso que lleva del niño al adulto. Como ya indiqué previamente, establece una fuerte matriz de sentido-instituido por la cual lo adulto, lo normal, lo previsible, es lo que se pasa a priorizar, utilizando metáforas que refieren a cooperación, subordinación, dependencia, primado de una zona genital sobre otra. Lo llamado pregenital se subordina a lo genital al servicio de la función de reproducción.

Pero el esquema de subordinación no se detiene aquí: al masculinizarse la genitalidad, la mujer, para su adultez, depende enteramente de las vicisitudes de lo masculino. El propio aparato psíquico en general se ve subordinado a una perspectiva energética. Fuerzas impersonales, simplificadoras, normativizantes, que plantean el dilema de cómo la desregulación energética pubertaria deberá ser capaz de dejar paso a una "regulación " del exceso de energía, recuperando la homeostasis originaria y perdida de la latencia.

Anna Freud retoma esta perspectiva y señala a la latencia como ese período de orden social. La imagen del adolescente que presenta preconiza entonces una infancia mítica con una homeostasis regulada y autoregulada, a la cual la adolescencia viene a desregular y desequilibrar, a través de sus instintos "descontrolados".

Sugiero la hipótesis que este Yo amenazado es una metáfora de una sociedad adulta que a su vez se siente amenazada y atacada desde "dentro" por lo adolescente. Momento, temor, pánico, de la sociedad frente a aquello que se insubordina, incomoda, extralimita, tal como lo señala Barrán (1995) en relación a la sociedad burguesa del novecientos, para alcanzar finalmente el momento final de la "integración" y el desarrollo, reinstauración del orden, la homeostasis y el mundo adulto (KLEIN, 2006).

En la medida que se adscribe a la adolescencia la vivencia de un mundo que se derrumba (el de la infancia), lo que genera ansiedad, la imagen pubertaria pasa a movilizar nuestras partes más ansiógenas, la base de nuestra identidad, nuestras certezas más arraigadas.¹¹ Desde este supuesto desequilibrio, el púber aparece como un ser perturbado por su propio exceso energético, caracterizándose la pubertad como un espacio donde los instintos "descontrolados" generan metáforas de revuelta y conspiración, contra la armonía de la niñez (y contra el "orden" social).

De esta manera el adolescente presentifica antes que nada y por sobre todo, *un mundo en movimiento (de movimiento irrefrenable)*. Para bien o para mal, tanto el pasaje de la niñez a la adultez, de lo descontrolado a lo genitalizado, de la familia a la sociedad, marca el movimiento de un “adentro” a un “afuera”. Parecería que el “adentro” del mundo adolescente pasa a semantizarse como un espacio claustrofóbico, cerrado, peligroso, perturbador, lugar de revoluciones y discordias. Mientras que el “afuera” adolescente está atravesado por el orden, el control, la socialización.

Se trata de un punto interesante. En tanto el adolescente está ahí como nexo y garante de “abrir” los espacios cerrados, de “comunicar” el afuera con el adentro, de mantener el contacto entre la familia y la sociedad, tiene una función de garante del orden social. A través de él y sólo a través de él se garantizan procesos que, como el pasaje de la endogamia a la exogamia, se consideran cruciales en la sociedad. *Esta función restauradora (de equilibrio, de soporte) es lo que considero de tipo mesiánico* (KLEIN, 2002). Desde el adolescente y con el adolescente se cumplen procesos vitales sin los cuales se considera que la sociedad peligra. Pero erigido con tales poderes, tanto como mesiánico, puede ser transgresor. Tanto como erige, derriba. En este punto el desorden y la pujanza energética que exhala, hacen temer por excesos, derroches, transgresión y rebeldías, configurado entonces como un peligro al orden social. El novecientos, como atestigua Barrán, generó una abundante literatura al particular.

El adolescente – el adolescente pubertario nos recuerda el psicoanálisis – se hace indistinguible o casi, de otras figuras disolventes de la sociedad: agitadores sociales, proletariado, ideologías rupturistas que amenazan la sociedad burguesa. En ambos casos, se trata de la imagen de un cuerpo (biológico y social) que alerta de su posible

destrucción y asedio por “pérdidas seminales”, microbios asesinos, revoluciones.

Desde allí se ponen en juegos mecanismos de control social. En el caso de la adolescencia se trata de que su entrada a la adultez no se demore más de lo que señala estrictamente la función reeducadora.

Esta observación permite una profundización de la significación de lo pubertario. Si el desorden, el cambio, el caos, lo aleatorio, se personalizan y pasan a ser una etapa etaria, se consolida la idea de que todo cambio, aunque deba ser aceptado, conserva su *carácter transitorio*. La pubertad garantiza que la adolescencia sea transitoria. Si pensamos en lo que se espera de cada persona, de lo lógica y socialmente esperable, todos pasamos de ser “revoltosos” a ser “responsables”, de ser adolescentes a ser adultos. El “desorden” se “ordena” y se reinstaura la normalidad permanente (KLEIN, 2002-2006), logrando finalmente reinstaurar el orden y la homeostasis.

Todo desorden (sea éste personal o social), se hace necesaria y tranquilizantemente, transitorio. Tanto la adolescencia como el desorden se hacen imprescindibles para restaurar, en la primera, la paz energética de la mónada y en la segunda, el sentido de avance y de superación de las dificultades de la sociedad.

Si el desorden se transforma en algo necesario para restaurar el orden, esta imagen adolescente que bascula casi imperceptiblemente entre lo antihomeostático y lo mesiánico representa la aspiración que desde la barbarie, lo irrazonable, y el descontrol, se restauren la civilización, la urbanidad y las buenas maneras. El sosegamiento del adulto que cada adolescente será, se enlaza al disciplinamiento del mundo.

CASTAN et al. (1990, p.168-169) señalan que: “la función de la existencia juvenil es hacer que disuene las reglas sociales moviéndose

constantemente en los límites de lo tolerable. Pero es un punto de vista incompleto.

La adolescencia es tanto lugar de la pérdida, del desgaste, de lo irrecuperable de la economía homeostática, *como un campo de experimentación* vital sobre cómo detener esa locura transitoria evitando la pérdida irreversible de energía y la entrada del mundo en la era de la oscuridad, la apatía o la revolución (KLEIN, 2002). El vínculo entre la sociedad y el adolescente es mucho más tortuoso y complejo de lo que Erikson (inocentemente) señala con su concepto de moratoria (MAIER, 1980).

En este punto creo pertinente ampliar las observaciones precedentes contextualizando de forma más detallada la escritura de Anna Freud, consciente que presento una hipótesis que merece mayor elaboración. Cuando Anna Freud, por los años 30-40, comienza a escribir sobre adolescencia se comienzan a concretar en Alemania y Austria cambios radicales en la comunidad judía. Mundo de la preguerra, de ascenso del nazismo, de la caída de un sistema democrático vulnerable que hacen perder a la comunidad judía un mundo conocido y consensuado, con un miedo justificado ante el avance del nazismo, símbolo y ejecutor de un mundo conocido (¿el mundo añorado de la infancia?) que se tambalea y derrumba y que lo sitúa como grupo excluido y marginado. En lo que vengo planteando, es importante señalar que este terror y la ansiedad frente a un orden que se resquebraja, quizás termina por transfigurarse (desplazarse) en el poder irruptor, irracional de la pubertad.

No creo que pueda considerarse casual que si del año 35` son las leyes raciales de Nüremberg, en el año 36` Anna Freud publique “El yo y el ello en la pubertad” y “Ansiedad instintiva en la pubertad”, donde justamente habla de la: “Lucha que libra el Yo para dominar los conflictos y presiones que se originan en los derivados instintivos”. Considero que ocurre un desplazamiento de esta realidad política y social a términos de

conflicto intrapsíquico. Conflicto entre un Yo que debe sobrevivir desde la latencia (un tiempo mítico sin conflictos) y el Ello desbordante de pubertad. Esta conversión de lo social en vectores de psicologización reúne quizás el mérito de transformar algo impensable en pensable. Pero quizás también oficie de recurso mágico (¿mítico?): aquello inmanejable en un nivel, se vuelve controlable en otro.

Conclusiones:

He intentado ubicar una contextualización histórica de las ideas de Sigmund Freud y Anna Freud con respecto a la adolescencia en relación a la época que les tocó vivir. Por supuesto no intento sugerir que la modernidad del novecientos sea “la” causa de esas ideas, que remiten también a otros factores de índole subjetiva, científica y epistemológica.

El mundo de los Freud sin duda era otro mundo. Las condiciones sociales, económicas y la propia caracterización de la adolescencia han sufrido cambios substanciales (KLEIN, 2006). Sin embargo muchas de las ideas de los Freud están aún presentes en el mundo de las ciencias sociales al pensar la adolescencia.

Propongo entonces la hipótesis de que desde ellos y desde otros autores que no puedo presentar aquí, el psicoanálisis de adolescentes ha operado como generador no sólo de un campo clínico, sino también de una serie de implícitos sobre lo qué es o no ser adolescente. De esta manera, su poder de radiar imágenes adolescentes a nivel de las distintas disciplinas sociales es proporcional a su lugar de invisibilidad como promotor de las mismas.

Quisiera señalar especialmente un punto que me parece fundamental. La enorme ambivalencia con que el adolescente surge en los escritos de estos autores y en el mundo del novecientos. En la medida en que el adolescente es “temido” es también incitado a su adolescencia ;en la

medida que se teme su masturbación, existe una permanente fascinación frente a la misma ;en la medida que se anhelan sus supuestos poderes, su supuesto saber, se ansía también su extinción transformado en un ciudadano adulto adaptado socialmente. Así como es convocado como epicentro de fuerzas irracionales y desbocadas, es al mismo tiempo, urgido a ocupar espacios de control, reproducción y responsabilidad en la sociedad.

Alejandro Klein
Doctor en Servicio Social
Universidad Federal do Río de Janeiro
Psicólogo-Psicodramatista-Psicoanalista de Grupo
Investigador del Grupo de Pesquisa “Transversões”
Profesor de la Facultad de Psicología, Uruguay
alejandroklein@hotmail.com

Referencias bibliográficas:

BARRAN, J. P. *Medicina y sociedad en el Uruguay del novecientos*. Montevideo: Ed. de la Banda Oriental, 1995. (*La invención del cuerpo*, t. 3).

BARRAN, J. P. Pubertad y adolescencia, una vision historica uruguaya:del ochocientos al novecientos. In: Portillo, J. (et al.). *La adolescencia*. Montevideo: Ed. de la Banda Oriental, 1991.

BLEICHMAR, N.; BLEICHMAR, C. L. de. *El psicoanálisis después de Freud: teoría y clínica*. México: Paidós Ibérica, 1999.

BURIN, M.; MELER, I. *Genero y familia-poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*. Argentina: Paidós, 1998.

CASTAN, N. et al. La comunidad,el estado y la familia. In: ARIÈS,PH.-DUBY,G. (Org.) *Historia de la vida privada*, TOMO 6 , Buenos Aires: Ed.Taurus,1990..

DIO BLEICHMAR, E. *La sexualidad femenina: de la niña a la mujer*. España: Paidós, 1997.

FREUD, S. *Proyecto de una Psicología para Neurólogos*. Argentina: Amorrortu, 1895. v. 1.

FREUD, S. *Tres ensayos sobre una Teoría Sexual*. Argentina: Amorrortu, 1905. v. 7.

FREUD, S. *Tótem y Tabú*. Argentina: Amorrortu, 1913. v. 13.

FREUD, A. *Psicoanálisis del desarrollo del niño y el adolescente*. Argentina: Paidós, 1985.

GIDDENS, A. *La transformación de la intimidad: sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. España: Ediciones Cátedra, 1995.

KLEIN, A. *Imágenes del adolescente desde el psicoanálisis y el imaginario social: condiciones de surgimiento de la adolescencia desde la modernidad y el disciplinamiento adolescentizante desde la pos-modernidad*. Uruguay: Psicolibros, 2002.

KLEIN, A. *Adolescencia, un puzzle sin modelo para armar*. Uruguay: Psicolibro; Waslala, 2004.

KLEIN, A. *Adolescentes sin adolescencia: reflexiones en torno a la construcción de subjetividad adolescente bajo el contexto neoliberal*. Uruguay: Psicolibros Universitario, 2006.

LAPLANCHE, J.; PONTALIS, J. B. *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona: Labor, 1981.

MAIER, H. *Tres teorías sobre el desarrollo del niño*. Argentina: Amorrortu, 1980.

PERROT, M. et al. Sociedad burguesa: aspectos concretos de la vida privada. In: ARIÈS, PH.-DUBY, G. (Org.): *Historia de la vida privada*, TOMO 8, Buenos Aires: Ed. Taurus, 1990.

WINNICOTT, D. *Realidad y Juego*. España: Gedisa, 1972.

VISOR *Enciclopedias Audiovisuales*. Uruguay: VISOR, 1999.

¹ E. Dio Bleichmar señala con respecto a la observación freudiana de que la masculinidad sería la “roca irreductible” de la sexualidad femenina, que hay que hacer un

desplazamiento del sexo al género, señalando que la ola de represión de la pubertad no es debido al componente masculino “..es todo lo contrario: la niña se verá obligada a reprimir toda expresión y disponibilidad al acto sexual por el componente femenino de su femineidad” (DIO DE BLEICHMAR, 1997, p. 90). Agrega la autora que las viscosidades de la sexualidad femenina recaen así “sobre el componente masculino de la sexualidad femenina, destino anatómico del que difícilmente podría librarse” (DIO DE BLEICHMAR, 1997, p. 91) y que la observación freudiana es entonces clínicamente correcta pero teóricamente inexacta. Entiende que las observaciones freudianas, correctas descriptivamente, presentan un escollo al no poder diferenciar sexo de género.

² Más allá del prejuicio de género deseo aclarar que esta observación freudiana es especialmente relevante para aquellos que trabajamos en Clínica de Adolescentes.

³ Aclaro que no se trata de la edición original, sino de la fecha de la traducción al español que manejo.

⁴ Querría señalar que en la primera teoría pulsional (libido del yo-libido objetal) la libido está en el yo o en el objeto (LAPLANCHE-PONTALIS, 1981). No hay, como insiste A. Freud, retracción al superyo (A. FREUD, 1985). A su vez el narcisismo y la omnipotencia surgen como una defensa secundaria o patologizante contra la que hay que luchar, sin que quede claro por qué.

⁵ En realidad Giddens desvaloriza al psicoanálisis. “La” importancia del mismo no es sólo ofrecer una narrativa del sujeto. El psicoanálisis tiene otros aportes, tanto a nivel de la salud mental como en el campo de los padecimientos mentales.

⁶ Se impone la idea de la necesidad del deporte, como regulador de energías. De este modo, “las transferencias de fondos” de la energía de un sistema del cuerpo – el sexual – al otro – el muscular –, se harían sencillamente y a favor tanto de la pureza moral como de la salud y el vigor físicos... “llevándolos a la naturaleza, al campo de deportes donde se inundan de aire y de sol, donde vigorizan el músculo, se fortalece el carácter y se moderan apetitos precoces”. (BARRÁN, 1995, p. 68-69).

⁷ Hago la observación – sin poder desarrollarla – de que la sintaxis del Novecientos no ha perdido un ápice de su eficacia: así como antes la masturbación idiotizaba, enloquecía y mataba, ahora se desplazan los mismos efectos a la droga. Los cuadros descriptivos de decadencia física, dejadez y decadencia moral utilizados para los masturbadores de antaño, se reciclan y son similares a algunas descripciones (tan científicas como las de aquella época) utilizadas para los drogadictos.

⁸ Lo HETERÓCLITO conlleva “...fenómenos que aparentemente contradicen las reglas gramaticales” (VISOR, 1999).

⁹ La HETEROCLINIA es la “ejecución por un individuo de movimientos contrarios a los que se le indican” (VISOR, 1999).

¹⁰ Desde la burguesía, esto admite una lectura desde la lucha de las clases: “...imágenes de lo salvaje que surgen en medio de las clases dominantes y provocan el pánico, ...crecen la repulsión, el temor – y la fascinación – suscitados por las clases trabajadoras que proliferan en el corazón de las grandes ciudades..(estas poblaciones)..les parecen anudar vínculos misteriosos con la rudeza o el pasado de la tierra, con la consistencia de los minerales y la naturaleza de la vegetación, todos ellos se dirían muy cercanos aún a lo animal” (PERROT et al., 1990, p. 266-267).

¹¹ Pero no siempre el adolescente se acompaña con las imágenes de la transgresión y lo provocador. Lo anti-homeostático admite también su contrario: una imagen homeostática. Aquí el adolescente está más cerca de lo conservador, de la reminiscencia, la nostalgia y la valorización de un pasado personal y social. Lo que llamamos un mundo necesitado de protección, alude a la imagen optimista de un nuevo mundo en gestación (KLEIN, 2002).